

MAMA MUGANGA

EN plena selva del ex Congo belga, una religiosa francesa dirige un hospital que es la réplica católica al del doctor Schweitzer. Al igual que el famoso «eremita de Lambarene» es médico y ha dejado todo para consagrar su vida a los negros. Y, como él, también ha sacrificado a esta tarea su primera vocación, que era la música. Si hubiera continuado sus estudios de piano a estas horas sería una gran pianista, pero eligió una tarea más difícil, luchando contra la muerte.

Para la Administración, ella es la doctora Renée Poppa; para sus superiores es Sor María, religiosa de la Orden Oblata de la Asunción; para los indígenas es, simplemente, «Mama Muganga», que quiere decir «la madre que cura», la que hace los milagros, la que viene de muy lejos, a través de kilómetros de selva.

Hace dos años, un europeo llegó a Musienene despavorido para «salvar» a Sor María. Traía malas noticias.

—¡Tenemos que irnos ahora mismo en mi cochel! Mañana será tarde: todos los blancos que podían lo han hecho; el mismo administrador del territorio se ha refugiado en Uganda. Leopoldville ha sido tomada a sangre y fuego...

Preparada para intervenir a un paciente, ayudada por un enfermero negro. Abajo, ante el armonio de la capilla, enseñando a los congoleses canciones de su país.





«Mama Muganga» no es sólo la que lucha cotidianamente contra la muerte, hasta el punto de haber hecho más de mil intervenciones en un año, sino también la que ayuda, reconforta y enseña. Su mayor victoria ha sido la de haber vencido la resistencia de las madres congoleesas a ser intervenidas.

«Mama Muganga» señaló, con un gesto, a los seiscientos enfermos de su hospital y respondió:

—¿Y qué será de ellos si me marchó?

Desde entonces ha permanecido en su hospital, contra viento y marea de ruegos y acontecimientos desfavorables. Conoce los tiempos difíciles desde antiguo, en Transilvania, después de la retirada de Stalingrado, con millares de heridos alemanes, rusos, húngaros y rumanos. No olvidó esta experiencia y, al volver a Francia, estuvo a punto de entrar en una orden contemplativa, pero decidió que su título de médico «debía servir para algo» e hizo sus votos en las Oblatas de la Asunción. En 1950 la designaron como médico en el hospital de Musienene, un berracón de madera en el que faltaba de todo y que los indígenas miraban con desconfianza, prefiriendo hacerse «curar» por los brujos...

Hoy, «Mama Muganga» vela por seiscientos enfermos y en tres años ha hecho 1.200 intervenciones quirúrgicas. Sólo dos de sus pacientes han muerto.

—No me iré nunca —dice, simplemente—. Hay necesidad de médicos. El país es duro: con este clima, la gangrena invade cualquier herida. No hablamos de la tuberculosis, los brujos y las supersticiones mortíferas. No es posible que me marche.

«Mama Muganga» ha decidido ignorar las «tormentas» del Congo. Y prepara el porvenir: todas las tardes reúne, en una sala del hospital, a jóvenes congoleesas a quienes instruye para que se conviertan en los enfermeros del futuro.

Pero el domingo, a las diez de la mañana, Sor María se instala ante el armonio de la capilla del hospital y, durante dos horas, interpreta a Bach, olvidando toda la miseria que la rodea cotidianamente. Su alegría semanal coincide con su primera vocación.

(Reportaje EUROPESS)

